





15M. Obedecer bajo la forma
de la rebelión

Tesis sobre la indignación y su tiempo

Primera edición: *Junio 2012*
Edición ampliada: *mayo 2016*
Esta edición consta de: *500 ejemplares*

Título: *15M. Obedecer bajo la forma de la rebelión*
Subtítulo: *Tesis sobre la indignación y su tiempo*
Autor: *Colectivo Cul de Sac*
Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*
Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*
Impreso por: *Kadmos*
ISBN: *978-84-943217-4-0*
Depósito legal: *M-36550-2012*
Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Se puede reproducir este libro tranquilamente

Índice

Prefacio a la presente edición: Del 15M y sus vidas posteriores	7
15M. Obedecer bajo la forma de la rebelión.....	15
Preludio	17
La indignación	19
Su tiempo.....	47
A modo de epílogo.....	79



Del 15M y sus vidas posteriores

Prefacio a la presente edición

I

El libro que tienes entre las manos se escribió en noviembre de 2011, cuando se enfriaba, poco a poco, el calor de los acontecimientos de primavera, y la toma de las plazas había ido remitiendo, para dejar paso a una sensación generalizada de que «algo se había movido». Nuestra reflexión, en aquel momento, fue contundente: la indignación, o el llamado 15M, no expresaba el inicio de ningún ciclo de transformación social, sino volver a obedecer bajo la forma de la rebelión. A pesar de su heterogeneidad o de las corrientes opuestas que podían albergar en su seno, las asambleas de las plazas retrataron de forma

inmejorable los límites que las reivindicaciones sociales tienen en la culminación y el declive de nuestros tiempos. Todo aquello que estaba ausente (o era extremadamente minoritario) de la lista de causas para la indignación era, precisamente, aquello que algunos consideramos más importante combatir. Por ello nuestras conclusiones causaron alguna polémica, al emplearnos en criticar aquella movilización en lugar de arrimar el hombro para encauzarla hacia nuestros propios planteamientos. Nuestra experiencia, ciertamente, fue limitada (participamos con diferente intensidad e implicación en varias asambleas de distintas ciudades), pero una lectura de lo que estaba sucediendo, sólo unos meses después de aquel 15 de mayo, ya nos convenció de que cualquier ilusión respecto a la deriva de aquel «movimiento» no estaba justificada, especialmente para quienes pretendiesen una transformación radical de nuestro modo de vida.

Hubo algunos que se apresuraron a condenar nuestra crítica por considerarla «demasiado dura», o por estar hecha en «el peor momento», cuando «la gente, por fin, empezaba a despertar a la política y la hacía en las calles». Cuando señalamos que, más allá de las supuestas formas asamblearias, el contenido mayoritario que movía a la indignación hacía pensar en su futuro encuadramiento en algún tipo de organización que defendiese una especie de *socialdemocracia 2.0.*, pocos nos tomaron en serio. Hoy nos parece que aquello que dijimos es más cierto ahora que entonces. Y tanto a nuestros críticos de aquel momento, como a aquellos (la mayoría) que no supieron nada

de esta polémica, les invitamos a leer estas *Tesis sobre la indignación y su tiempo*, con la intención de pensar el presente escenario de desconcierto con alguna posibilidad de entrever, si no una salida, al menos los aspectos del problema que consideramos más relevantes.

II

La descomposición de la sociedad contemporánea no deja de ofrecer oportunidades para sorprendernos y obligarnos a rectificar. Si en su momento realizamos la crítica de la indignación o 15M, hoy casi podríamos caer en la tentación de echarlos de menos; aunque sólo fuese porque entonces había más gente gritando en las calles que viendo tertulias políticas por televisión y votando *ilusionadamente* por el recambio generacional de la política de siempre. Pero no rectificaremos aquí lo que dijimos en 2011, porque en muchos aspectos hoy se ha hecho realidad lo que entonces sólo apuntábamos como una posibilidad. Las formas de la mentira cambian a un ritmo tan trepidante que tras la última representación de la farsa siempre cabe esperar un epílogo aún peor.

Pero nos ahorraremos también la tontería de decir «ya os lo habíamos dicho», porque en determinadas circunstancias que la realidad se empeñe en darnos la razón no es motivo de alegría. Por otro lado, cuando hicimos la crítica de la indignación apuntamos a la posible aparición de un «hombre fuerte» (u organización fuerte) que sería re-

clamada para ejercer las labores de encuadramiento necesarias con tal de imponer orden sobre la algarabía primaveral que estalló en las plazas en mayo de 2011, pero no imaginamos que tendría esta forma. En cualquier caso, aún pensábamos que si esa posibilidad se daba, también se abrirían otras que se le opondrían, y que tendrían que resistir al reflujó de la ola de indignación para no ser totalmente arrastradas y borradas del mapa. Pero si en parte acertamos en nuestro análisis de la situación, nos equivocamos en nuestros deseos más íntimos, y cuando las proporciones del éxito y del fracaso se mezclan de ese modo el resultado tiene siempre un sabor amargo.

Como no tenemos ninguna necesidad de dulcificar nuestros argumentos para ganar ninguna mayoría electoral, dejaremos a nuestros críticos la tarea de condenarnos por ofrecer de nuevo el texto *15M. Obedecer bajo la forma de la rebelión*, tal cual fue escrito, con apenas unas cuantas modificaciones para evitar anacronismos. Han pasado cinco años desde su primera redacción, y consideramos que gran parte de lo que allí se apuntaba tiene hoy la misma actualidad. Incluso algunas de sus predicciones sobre la deriva de aquella *#spanishrevolution* se han cumplido de forma sorprendentemente precisa. Pero reeditar ahora este libro nos parecía necesario, sobre todo, por lo que está por venir. Al fin y al cabo, lo que menos importa aquí es lo que pensásemos nosotros entonces o lo que opinemos hoy sobre la situación, y lo que cuenta es aquello que cada cual pueda hacer para sustraerse a la rueda de molino de este «proceso constituyente» que ha devastado con su jerga el

campo de lo discutible, convirtiéndose para muchos en la única alternativa posible.

También se nos puede librar esta vez de la carga de ser originales o novedosos en los términos de nuestra crítica; como la realidad se empeña en repetir las viejas mentiras de siempre con un ropaje nuevo y un *look* informal, debíamos arriesgarnos a ser tan *inactuales* como fuese posible, y en lugar de volver a escribir, publicar de nuevo lo que ya escribimos en su momento.

III

Desde que el 15M se diluyera y las condiciones de la degradación social que sufrimos se fuesen agravando, la posibilidad de ver surgir una alternativa de recambio institucional se hizo cada vez más real. Ya sabemos cuáles han sido las consecuencias de las revoluciones que se quedaron a medias y de las que abiertamente fueron traicionadas, así que cabía imaginar lo que sería la reacción pendular de una rebelión que se empeñó en proponer nuevas condiciones donde obedecer fuese más fácil. En el mejor de los casos, la indignación se alzó como un grito de hastío ante las condiciones de la opresión presente (y en algunos casos, más bien marginales, plantearon asuntos de primer orden¹); en el peor, no supuso más que reclamar un orden

1. En este sentido se podrían rescatar planteamientos de algunas asambleas de barrio, comisiones o grupos de trabajo que quisieron ir más allá del cerco ciudadano; o la lucha contra algunas infraestructuras industriales. No

mejor y un llamamiento desesperado a que otros ocupasen el poder y se encargasen de su gestión con mayor firmeza. Para nuestra desgracia, en los últimos años hemos presenciado cómo *lo peor* tomaba forma ante nuestras narices. De las distintas «mareas» y «marchas por la dignidad» se pasó, en muy poco tiempo, al encuadramiento del descontento en una alternativa electoral, que no quería llamarse partido ni movimiento ni todo lo contrario, y que bajo el nombre de *Podemos* vino a proponer una Segunda Transición y una forma de pacificación social cuyo «éxito arrollador» se debe en gran parte a que era muy poco lo que quedaba por pacificar.

Para quienes pensaron que bastaba con interpretar los índices de abstención electoral en clave de una inminente derrota de la política representativa, las elecciones municipales y autonómicas, y las generales posteriores, han supuesto un duro revés. Y no nos alegramos por ello. Que una de las vidas posteriores del 15M haya tomado la forma Podemos nos habla de una sociedad que, efectivamente, se está movilizandoy «tomando conciencia», pero hacia un lugar al que algunos no queremos llegar, con independencia de quien se arrogue el derecho de conducirnos hacia un nuevo horizonte de redención.

De cualquier modo, no pensamos que la deriva política que finalmente adopte Podemos sea lo que definirá en última instancia el curso de los acontecimientos —eso sería concederles un crédito que nunca les hemos dado—, sino

obstante, la labor de estos grupos, en gran medida, *no nació con el 15M*, sino que era consecuencia de esfuerzos anteriores a la ocupación de las plazas.

que la ausencia de una oposición coherente desde la crítica radical puede ser determinante a la hora de afrontar el declive ya en curso de la sociedad industrial en su conjunto. No se debe entender esto como una insinuación de que nosotros poseemos la verdad última de esa crítica o suponer que estamos en condiciones de aclarar cualquier tipo de elección ante las encrucijadas que enfrentaremos. Simplemente, no tenemos más remedio que decir lo que pensamos, aunque a muchos no les guste escucharlo. A aquellos que nos reprochen que el llamado «proceso constituyente» aún está en marcha y no se pueden juzgar tan pronto sus resultados, sólo podemos decirles que para nosotros, en este caso, *ayer era ya demasiado tarde*.

Por otro lado, no hay que ser impaciente ni dejarse llevar por la urgencia. La renovación democrática y el cierre de filas en torno a Podemos y sus distintas candidaturas conjuntas en el ámbito municipal y autonómico, están defraudando muy rápidamente a una parte de aquellos que apostaron por el mal menor. A quienes, más conscientes de la trampa, han querido adoptar una posición *estratégica* que tratase el encuadramiento institucional y partidario como una especie de caballo de Troya de los «movimientos sociales», habría que preguntarles dónde están hoy exactamente esas movilizaciones y qué paisaje de desolación nos encontraremos cuando la aventura parlamentaria naufrague —vale decir «tenga éxito».

Ni votar con ilusión ni adoptar aquel «patriotismo de los de abajo» ha sido suficiente para modificar siquiera superficialmente algunos de los peores rasgos de nuestro

modo de vida. Los intentos de cierta cosmética en el campo «cultural» de un izquierdismo *naïf*, allí donde ha tenido cierto poder, se han saldado con enormes ridículos, o con esperpentos inquietantes (como fue el caso de los titiriteros acusados de apología del terrorismo). En las cuestiones de primer orden, que por otro lado nunca estuvieron entre las prioritarias que movían a la indignación, las «fuerzas del cambio» han tenido que dar mucho más peso a la primera parte de esa fórmula y olvidar la segunda.

Los límites al desarrollo de nuestro modo de vida siguen sin plantearse abiertamente, entretenidos como estamos en el juego de escaños que ahora se escenifica con una abierta obscenidad y una sobreinterpretación bochornosa. Y el caso es que aquellos límites en muchos casos ya han sido rebasados, lo que ha supuesto la destrucción de condiciones de vida muy difícilmente recuperables en el curso de varias generaciones. Las raíces de la degradación social son profundas, y ninguna revolución política (sea reformista, populista de izquierdas, neoliberal, socialdemócrata o cualquier otra) está en condiciones siquiera de entenderlas mientras no se desembarace del mito del progreso y el desarrollo económico. Los argumentos son conocidos, los hechos están a la vista de todos, pero bajo determinadas condiciones señalar lo evidente se convierte en la tarea más importante.

Deberíamos estar, parece, en pleno periodo revolucionario; pero de hecho todo ocurre como si el movimiento revolucionario entrara en decadencia con el mismo régimen que aspira a destruir.

Simone Weil,
*Reflexiones sobre las causas
de la libertad y de la opresión social*

¿Qué significan los disturbios en medio de los cuales vivimos? ¿Son coherentes con la única revolución necesaria para esta sociedad, o bien son movimientos más o menos superados, que se limitan a confirmar simplemente las tendencias, ya consolidadas, de nuestra sociedad?

Jacques Ellul,
¿Es posible la revolución?



Preludio

Distanciamiento crítico y experiencia limitada

Estas tesis constituyen un intento de distanciamiento crítico respecto al movimiento de los indignados, o el también llamado 15M. Cualquier distanciamiento de este tipo exige, por su propia naturaleza, una experiencia limitada. Quiere esto decir que no hemos pretendido realizar un repaso pormenorizado de todas y cada una de las expresiones que, bajo el ambiguo epígrafe de la «indignación», se dieron desde el 15 de mayo de 2011. Quien busque una historia detallada de los acontecimientos o una descripción costumbrista de la vida de acampada no las encontrará aquí. Un saludable escepticismo hacia lo que estaba sucediendo nos impidió ilusionarnos demasiado, por lo que tampoco tuvimos que desilusionarnos después. No

se puede calificar este opúsculo, por tanto, como un ajuste de cuentas con el movimiento de los indignados, ni nada por el estilo. No nos indignamos con los indignados, como alguien dijo. Simplemente: creemos que los hechos expresan más bien una derrota de las aspiraciones históricas de la emancipación social que su oportunidad o, como dicen algunos pedantes, su «actualización».

Ante las previsibles conmemoraciones y *revivals* que puedan sucederse a partir del próximo 15 de mayo nuestra intención es que estas tesis sirvan, al menos, como una alerta y una llamada al buen juicio de quienes buscan una transformación radical del orden que sufrimos.

A lo largo de estas escasas páginas aparecen citas entrecuilladas sin que se indique referencia alguna. Baste decir que hemos saqueado impunemente dos libros de Jacques Ellul —entre otros— que, para el fin que nos habíamos propuesto, nos fueron muy útiles. Sus títulos son *Autopsia de la revolución* y *¿Es posible la revolución?*, y fueron publicados en Francia en los años setenta del siglo pasado. Como se ve, la perspectiva no es original ni novedosa. Tenemos esto por una virtud.

Abril de 2012

La indignación



Los enemigos jurados de las instituciones exigen que se institucionalice esto o aquello, por lo general deseos de unos grupos constituidos al azar.

Th. W. Adorno

Notas marginales sobre teoría y praxis

I

Quien quiso ver en el denominado «movimiento de los indignados» un movimiento revolucionario, se equivocó. No lo ha sido, no lo es y no aspira a serlo. Quienes, a pesar de todo, se han erigido como sus «portavoces» **se han tomado** demasiadas molestias en aclarar que no desean transformar nada fundamental de la sociedad contemporánea como para seguir ignorándolo. No, no se trata de un movimiento revolucionario —no es ni siquiera reformista en el sentido que esa palabra tiene históricamente—, y aquí trataremos de decir por qué.

Pero tampoco es un divertimento sin consecuencias de unos cuantos estudiantes y activistas de izquierda. No es una conspiración para movilizar a las masas con algún oscuro interés detrás. Es algo mucho peor que todo eso.

II

Antes de empezar tenemos que aclarar que, cuando cuestionamos el papel de los indignados, no aceptamos ninguna de las críticas que ha vertido la extrema derecha sobre ellos. Puede que algunos argumentos aquí escritos, para determinada progresía, suenen *reaccionarios*. En nuestra defensa sólo diremos que en las condiciones actuales «un reaccionario coherente pasaría por revolucionario y viceversa». **Para ser más claros: cuando algunos medios tildaron a los indignados de terroristas se cometió una terrible injusticia, ya que no habían hecho absolutamente nada para merecer el calificativo.**

Nuestra solidaridad con aquellas personas que han sufrido la represión del Estado durante las movilizaciones no se ve afectada por la crítica a los fines que implícita y explícitamente movían a la indignación.

III

La indignación no ha aspirado en ningún momento a derrocar el orden impuesto, sino a mejorarlo. Acostumbra-

dos a consumir política como se consume cualquier otro producto industrial, esta supuesta rebelión se ha contenido con poner una hoja de reclamaciones a quienes les sirven la papilla diariamente. Así, el espíritu que llevó a tomar las plazas y las calles fue mayoritariamente la indignación del consumidor estafado. Un poco más cabreado de lo habitual, desorientado por el nuevo escenario en que tenía lugar su reivindicación, confuso en cuanto al destinatario de su pliego de agravios, pero en el fondo manteniendo la actitud que viene caracterizando a la muchedumbre solitaria que cada fin de semana deambula sin rumbo por los centros comerciales. Lo novedoso es que a esa pasividad se le ha dado una forma radical —es decir, aquello que algunos creen que significa ese término en nuestros días.

Supuestamente se trataba de poner en tela de juicio la política representativa y partidista, pero si eso se ha hecho en algún momento ha sido para exigir *nuevos líderes, nuevos partidos, nuevas leyes*. Si se ha llegado a cuestionar la acción policial ha sido a cambio de reforzar la función de policía en el interior —las comisiones de «respeto» o de «organización interna» han ejercido como una eficaz policía del pensamiento. La condición primera de esta pretendida revolución era que no sucediese nada fuera del orden cívico. Fijado ese compromiso se podía hablar de todo. De este modo, la forma asamblearia ha dado cobertura a contenidos que, por su misma naturaleza, negaban la existencia de las asambleas. Lo cual tiene su mérito, pues se ha conseguido demostrar que es posible decidir asambleariamente mantener las condiciones de explotación que su-

frimos y reforzar este orden inhumano y, al mismo tiempo, creer que se está haciendo todo lo contrario. Es como si ante un pelotón de fusilamiento los reos discutiesen en asamblea soberana la posibilidad de ser ellos mismos quienes se diesen el tiro de gracia.

IV

La apuesta por la radicalización del movimiento, que algunos defendieron como argumento para su participación en él, parte de dos errores fatales. El primero es de apreciación: no era posible la radicalización porque esta indignación no se orientaba hacia ningún lugar, se trataba más bien de un grito de impotencia. No pretendía amenazar a nadie ni podía, en la forma en que se constituyó, hacerlo.

El segundo es de concepto: que exista un conflicto de intereses no quiere decir que ninguna de las partes enfrentadas se plantee seriamente la transformación del orden social para resolverlo. Los intereses de la mayoría de indignados y los de las élites pueden haberse desajustado coyunturalmente, pero en lo fundamental comparten un mundo, unos valores y un objetivo: el progreso y el desarrollo económico.

Es, por tanto, una soberbia tontería tratar de radicalizar aquello que desde su nacimiento no se opone al orden, sino que lo alienta, colabora con él y le indica dónde debe ajustar su presión para funcionar mejor. Que los grupos en el poder no estén demasiado interesados en lo que les gri-

tan sus colaboradores, o que incluso les moleste tener que aguantar sus pataletas, no cambia la naturaleza del asunto. Cuando la policía reivindica mejoras salariales también entra en conflicto, ¿son por ello el próximo sujeto revolucionario? Algunos indignados, nos tememos, contestarían que sí. Buscan su lugar en el estado de cosas actual y defenderán con uñas y dientes las concesiones que lleguen a conseguir, por miserables que sean.

v

Los indignados no han puesto en duda ninguna cuestión de primer orden para el funcionamiento de la sociedad. El que hayan reaccionado a un orden injusto no quiere decir que lo hayan entendido en absoluto. Más bien porque no lo han hecho, su protesta ha tenido cierta capacidad de convocatoria: no ponía en peligro nada importante. Al mismo tiempo, han conseguido tener la sensación de estar combatiendo al sistema sin atacar ninguna de sus bases fundamentales.

Al haber incorporado como una tercera piel el universo de consumo y comodidades *high-tech* del mundo moderno, han esperado que «con un solo clic» las cosas cambiasen de la noche a la mañana. El optimismo tecnológico que irradiaba por todas partes el movimiento de los indignados da cuenta de su mayor debilidad, y no —como decían los medios de comunicación y muchos de sus participantes más ingenuos— de su incontestable fortaleza. La

asunción acrítica de las tecnologías como herramientas de emancipación es una muestra más de la incapacidad de este movimiento para entender el mundo al que supuestamente se enfrenta. No saber, no querer siquiera admitir como hipótesis, que el mundo de las nuevas tecnologías no es más que la continuación perfeccionada de un orden opresivo histórico, es de una cortedad de miras sorprendente para quienes se dicen enemigos del orden socioeconómico imperante o se denominan «anticapitalistas».

Pero hay más: muchas de las asambleas multitudinarias en las plazas se parecían más a un foro o un chat en internet que a las experiencias asamblearias de nuestro pasado más reciente —de las que muchos indignados nada sabían, ni querían saber. El comentario anónimo, que en lugar del teclado utilizaba esta vez el megáfono, un segundo después de su emisión quedaba sin consecuencia; inmediatamente le seguía otro comentario, que podía sostener exactamente el argumento contrario, y corría la misma suerte. Como en internet, el anonimato funcionaba perfectamente para dotar de una sólida *inconsistencia* a todo lo dicho. El peso de las palabras entre sujetos reunidos al azar y sin lazos previos se aligera, por eso mucha gente se radicalizaba cuando llegaba su turno de palabra, para después sentarse sin tener que hacerse cargo de nada de lo que había dicho. Aquello era cualquier cosa menos un debate de ideas o una organización para la acción. Era la participación telemática la que se estaba reflejando en todo momento, sin que muchos de sus participantes se diesen cuenta; tan asumido está el mandato

digital de la interactividad y la comunicación como fines en sí mismos.

Este aspecto fue el que más animó a los medios de comunicación en su amplia cobertura de la indignación, y los llevó a glosar las andanzas del movimiento que había nacido emparentado con Facebook, Twitter y la llamada primavera árabe. Esta vez la estrategia desinformativa al servicio del orden no necesitaba crear los conocidos líderes y vedettes con que presentar la rebeldía a la opinión pública. Bastaba con realizar un cambio de agente y conferir a las redes sociales el protagonismo de la organización de un movimiento sin líderes. Al verse retratados así —en el fondo tan fielmente—, muchos indignados afirmaron su creencia de estar emancipados de cualquier mediación (de sindicatos y partidos fundamentalmente, no de otras mediaciones más importantes), y se sintieron legitimados en todas sus solicitudes de reformas. Así, de la butaca frente a la pantalla del ordenador a la asamblea, del sofá a la plaza, los internautas se convirtieron en legisladores a pie de calle como por arte de magia. Las imágenes en televisión, las portadas de los periódicos, las tertulias radiofónicas, las apariciones en programas de variedades (desde *Ana Rosa* a *Buenafuente*), generaron para muchos una sensación de fuerza y coherencia sin parangón. Su experiencia de la política era tan misérrima que aquello no tenía más remedio que epatarles. Y así se prestaron al grotesco espectáculo sin muchos remilgos.

Sin embargo las cuestiones centrales en cualquier insurrección merecedora de ese nombre han sido paralizar

la producción, boicotear los suministros de la ciudad, asfixiar la comunicación del aparato de Estado, generar los medios propios y emboscar al enemigo en terreno propio. Se trataba de construir el momento del enfrentamiento, no de esperar como espectador fiel que ocurriese algo. El círculo mágico trazado alrededor de las plazas y las sacrosantas asambleas hizo innecesario, en muchos casos, el cordón policial. De allí no se iba a mover nadie mientras durase la representación. Lo principal era no interrumpir el ritmo de la ciudad, dar buena imagen en el diálogo con los medios de comunicación, lanzar mensajes a los representantes del Estado... en resumen: no crear situaciones de conflicto. Quienes trataron de hacer algo en sentido contrario tuvieron en los indignados a sus primeros destructores y policías.

No se ha puesto en duda el modelo de producción, ni el crecimiento económico, la dependencia energética y la devastación en curso del planeta, las millones de personas condenadas a la miseria y la guerra para mantener el nivel de consumo, la movilidad y el confort occidentales... no al menos en la práctica. Detener el complejo de producción industrial y militar es mucho más difícil y arriesgado que combatir sus símbolos y representantes. Por eso el conflicto planteado no socavó en lo más mínimo las condiciones de dominación existentes que, se suponía, causaban la ola de indignación.

Cuando una de las reivindicaciones más defendida era la reforma de la Ley Electoral, ¿cómo se iba a plantear el resto de cuestiones que son en realidad las que sostienen

materialmente al orden social actual? Es más, aunque se aboliese directamente la política de partidos y se disolviese el Parlamento, ¿cómo se afrontaría, a partir de ahí, el complicado asunto del abastecimiento de energía bajo el monopolio actual de unas pocas multinacionales, o el entramado de transporte internacional dependiente del precio del petróleo para la circulación de mercancías?

Los indignados dirían que estas cuestiones son secundarias frente a su propuesta de reforma política. Nosotros sostenemos lo contrario: no hay reforma política que solucione los problemas que genera la sociedad industrial globalizada. No existirá ninguna garantía de libertad política mientras nuestras condiciones de subsistencia se sigan produciendo y reproduciendo bajo el yugo de una dependencia tan atroz a escala planetaria. Nunca se llegará a plantear la verdadera raíz de la opresión mientras comencemos por la ley D'Hondt. El pretendido realismo político de quienes defienden lo contrario y piden a gritos que les dejen participar en la gestión del desastre debe ser recompensado con el más firme desprecio.

VI

No podía durar mucho la ola de indignación, y no nos lamentamos por ello. Lo peor, sin embargo, está por llegar. El reflujo de este pretendido movimiento revolucionario barrerá a quienes sostengan argumentos más radicales contra el orden impuesto. En algunas ciudades el 15M ya ha

realizado las gestiones necesarias para constituirse en plataforma política, atendiendo a la llamada de quienes le han pedido desde el inicio una actitud responsable y cívica.

No han tenido que insistir mucho. Un periódico que se autoproclama como representante de la voz del 15M en Madrid abrió su primer número con la siguiente frase en portada: «15M sí, radicales no». Hay que agradecer la falta de corrección política de quienes tan a las claras dicen lo que piensan y exponen sus intereses. Quien aún hable de una posible manipulación que impide radicalizarse al movimiento debería ir sacando las conclusiones pertinentes. Ya es hora de plantear una incómoda pregunta: ¿qué ha cambiado desde el 15 de mayo de 2011? Lo tranquilizador, por obvio, sería responder «nada»... Pero en realidad sí ha cambiado algo: *el 15M ha supuesto la alineación de una parte de la población, hasta ahora sólo desencantada, para la defensa por otros medios del orden establecido.*

En la confusión reinante durante los primeros días aún cabía albergar dudas respecto al desarrollo posible de los acontecimientos. A estas alturas evidentemente no. Si las opciones de una crítica radical eran pocas antes de la toma de las plazas, ahora serán menos. Quienes accedieron a bajar sus argumentos o dulcificarlos para acercarse a la masa indignada ya habrán comprobado la hospitalidad con que la inercia ciudadana acoge en su seno a quienes hasta ayer trataba como indeseables. Cuando la sumisión está tan arraigada usa la forma de la rebelión para afirmar su renuncia.

El error fatal de quienes pueden verse barridos por la resaca de esta ola de rebeldía conformista y digitalizada ha sido pensar que todo aquel que cuestionase la política, o más concretamente a «los políticos», estaba llamado a convertirse en anarquista; que todo aquel que se indignase por una injusticia estaría dispuesto a combatirla con todas las consecuencias; que todos aquellos que se sentaban en círculo y aprendían cuatro normas básicas para hablar en una asamblea rechazaban el autoritarismo... y, así, *ad nauseam*.

Es comprensible que muchos necesiten creer que algo parecido iba a suceder aunque fuese a pequeña escala en su ciudad, su pueblo o su barrio. La liquidación de la crítica radical y revolucionaria ha avanzado tanto en las últimas décadas que lo que algunos llaman «salir del gueto político» se ha convertido casi en una obsesión. Lo entendemos; el ambiente es asfixiante, pero cabría plantear la pregunta: ¿salir, pero *hacia dónde*? Habrá que dejar el optimismo para los nuevos malos tiempos que sin duda están por llegar.

VII

El pasado siglo xx fue el de la institucionalización de la violencia y el exterminio planificado técnicamente. La imposición a sangre y fuego de la modernización ha causado millones de víctimas, directas e indirectas, en todo el planeta. En los primeros diez años del siglo XXI la violencia

estructural no ha hecho más que multiplicarse, las intervenciones militares no han cesado, y el presupuesto de los Estados para equipar y entrenar a sus ejércitos y policías supera en mucho cualquier otra inversión. El genocidio continúa su curso en todo el mundo, y ahora no se habla de Guerra Mundial porque el estado de guerra no es la excepción sino la norma. El progreso industrial es una máquina bélica que en tiempo de bonanza puede producir menos cañones y más mantequilla. Pero los tiempos de bonanza hace tiempo terminaron.

Antes de llenarse la boca con argumentos pacifistas y llamadas a una superioridad ética ingenua, no estaría mal recordar todos los cadáveres sobre los que se alzan los valores no violentos de las sociedades contemporáneas.

Los indignados han obviado todo esto y se han lanzado a defender un pacifismo incondicional que los alzó como policías del pensamiento desde sus inicios. Los más adelantados en la mentalidad de madero instaban a denunciar «a los violentos» mientras llamaban «compañeros de azul» a los efectivos policiales. Había que ser buenos y «no darles motivos»; así funciona el ciudadano indignado de la posmodernidad: es el campeón del pacifismo siempre y cuando la policía esté cerca para repartir palos a quienes dan motivos.

No se trata de una cuestión anecdótica esta del pacifismo beligerante. En su actitud frente a la violencia política se ha revelado el fascismo de baja intensidad que prevalecía en una parte de los indignados. Eran precisamente quienes reclamaban escuela, trabajo, sanidad... y policía

para asegurarlo todo. Hasta cuando les abrieron la cabeza algunos siguieron señalando a «los revoltosos de siempre», obviando el detalle de quién sostenía la porra en el momento de estrellarse contra su cráneo. ¿Víctimas de un Síndrome de Estocolmo masivo o base social para un próximo régimen de ley y orden?

Ningún cambio fundamental se dará en el seno de nuestras sociedades desarrolladas sin algún grado de violencia. Quien lo niegue, a estas alturas, puede ser un iluso con buenas intenciones, pero cuando pasa a defender al policía porque «también es un trabajador» sólo cabe tratarlo como al peor de los policías. Para muchos indignados no había ningún nivel de violencia aceptable contra el orden porque ellos son parte fundamental en su reproducción.

Defender la vida frente a las agresiones de un sistema social impuesto que genera miseria, destrucción y muerte en todo el planeta se llama *legítima defensa*. Pero a menudo tenemos que coexistir con aquellos que ensalzan cualquier enfrentamiento con los antidisturbios como un hecho revolucionario. Llamadas infantiles a la *ekpirosis* —ese incendio purificador del mundo— que nunca acaba de llegar; banalización del enfrentamiento mediante una estética que se complace con ser tildada de «peligrosa» por los medios de comunicación, cuando pocas veces amenaza algo más que su propia integridad física. A aquellos que «con cara de querer romper la cristalería de Bohemia, trabajan sin saberlo para limpiarla y ordenarla» debemos decirles: que los próximos decenios nos deparen este tipo de enfrentamientos desiguales, donde las fuerzas del orden podrán masacrar

impunemente a una mayoría desarmada, no será *nunca* motivo de alegría. Aunque la violencia contra el régimen actual sea legítima es estúpido considerarla deseable.

VIII

El consumidor de política indignado ostenta el mismo autismo existencial que cualquier otro consumidor. Los problemas sociales son aquellos que puede asumir como su problema inmediato. Es decir, aquello que afecta a sus intereses y nada más. Si piensa en los afectados por los desahucios piensa en la Propiedad; si piensa en los desempleados, en el Derecho al Trabajo; si denuncia a los bancos, cómo no, piensa en su Dinero; y cuando se queja de la corrupción lo hace por la baja rentabilidad que le da su Voto. En todo lo que parece revolucionario desliza como objetivo último el restablecimiento férreo del orden. Cuando se rebela lo hace para exigir amos mejores. Su divisa es esta: *reivindicar para después poder callar*. Pero ya hemos hablado aquí de lo novedoso de esta ola de indignación: se ha llevado por delante cualquier intento de pensamiento o acción que vaya más allá de la reivindicación más miope. Utilizando métodos asamblearios se ha dado carta de soberanía a la rendición sostenible.

No hay, por otro lado, ningún tipo de conspiración en la sombra detrás de estas movilizaciones; no podemos ser tan optimistas. En su espontaneidad, son la mejor expresión de aquello que podemos esperar del sujeto histórico

posmoderno: una amalgama de reclamaciones, propuestas de mejora y sanción de derechos, muchas veces contradictorios entre sí, inútiles para la solución de cualquier problema vital, pero que poseen el aura de lo participativo. Las asambleas y grupos de trabajo, dispuestos como estaban a la colaboración, acabaron cumpliendo el papel de comisiones parlamentarias que alzan propuestas legislativas, pero en su versión miserabilista. Y, efectivamente, ese es el papel que les reserva la Historia. Historia escrita a sangre y fuego por quienes verdaderamente ostentan el poder y conducen al mundo (y a nosotros con él) por la senda suicida del desarrollo industrial. Decidir cómo gestionar juntos este desastre, sabernos parte «del mismo barco» para marcar el rumbo estaría muy bien si no fuese porque el barco hace tiempo se está hundiendo y muchos ya se han ahogado, empujados por la borda del progreso, encerrados en cárceles, podridos en la miseria y el hambre, masacrados por guerras interminables, o sujetos a una existencia desprovista de todo sentido, abotargados por la acumulación de banalidades, adictos a cualquier cosa con tal de borrar la sensación de vacío que se renueva a cada paso, condenados todos a pagar en vida la vida que no eligieron.

Lo más significativo de los indignados no eran sus proclamas, aquello que gritaban a los cuatro vientos, sino lo que callaban, sobre lo que no tenían más remedio que guardar silencio. ¿Indignación ante qué? ¿Ante la inhumanidad del mundo que nos ha tocado vivir y el papel represivo de cualquier Estado, o ante los precios de los pisos y la inutilidad de los títulos universitarios para conseguir un

trabajo bien remunerado? ¿Con qué se indigna la clase media occidental? La algarabía patrocinada y promovida por los medios de comunicación desde mayo ha dado paso a un abrumador silencio tras las últimas elecciones generales. Un silencio cómplice con el genocidio en curso y sobre el que los indignados poco o nada han tenido que decir. *Ese no es su problema*. En la multitud nadie se ve; en el griterío nadie se escucha. Ya han reivindicado. Han pataleado, como el ahorcado, y las cámaras estuvieron allí para retransmitirlo al mundo entero. Ya se han colapsado las redes sociales y se ocuparon las portadas de algunos periódicos. Muy bien. ¿Y ahora qué? El silencio nos impugna: por eso dentro de un tiempo prudencial volverá el griterío. Efectivamente, «siempre se puede lanzar grandes movimientos en nombre de grandes ideas, es decir, divertir al papanatas».

Lo importante para los indignados es mantener intacta la causa de su indignación y defender los pocos privilegios que aún ostentan. Gritando que somos víctimas omiten decir que, para la mayor parte de habitantes del planeta, para los desheredados del mundo occidental y de la indignación biempensante, somos, en lo fundamental, sus verdugos.

IX

El 15M, el movimiento de los indignados, o como quiera llamarse, no ha supuesto el comienzo de nada, más bien ha supuesto el final agónico de lo que pudieron ser las aspiraciones revolucionarias inauguradas a mediados del si-

glo XIX. Ya no se trata de utopías sociales, de conquistar el poder o de rendir las fuerzas de la industria a la autogestión obrera. Tampoco es la revuelta de la vida cotidiana y la imaginación insurgente frente a la estandarización de la existencia, ni la lucha por la liberación nacional o la defensa de un territorio amenazado por la modernización. El 15M ha expresado de forma ejemplar el signo de nuestros tiempos: ha reivindicado de forma popular y asamblearia las condiciones de una derrota histórica sin precedentes; ha exclamado su pretensión de mantener las condiciones de una vida insostenible al módico precio de olvidar la opresión pasada, justificar la presente y preparar la futura.

Se ha cerrado un ciclo. Desde ahora, la manifestación, la huelga, la asamblea y la toma del espacio público remitirán a esta escenificación televisada de la derrota. Para algunos la indignación ha supuesto el inicio de cierta toma de conciencia social; para nosotros significa el final de una ilusión, la áspera constatación de que no basta compartir una misma opresión para que surja una conciencia libre y una acción transformadora. Todo lo contrario. En los escenarios abiertos por el agotamiento del modelo industrial y capitalista, los movimientos que surgirán por todos lados tendrán un carácter de fondo marcadamente reaccionario, aunque *en sus formas* apelarán a una democracia directa —apoyada, cómo no, en las nuevas tecnologías de la comunicación— de rasgos más que inquietantes.

Los sujetos de estas movilizaciones serán aquellos adoctrinados en el individualismo más atroz, sin más referentes históricos que sus propios intereses vulnerados,

profundamente insolidarios con el resto de un mundo que no conocen ni les interesa conocer, a no ser que se pueda visitar mediante una línea *low cost*; manipulables hasta la médula después de decenios de condicionamiento ideológico por los medios de *formación* de masas e impermeables ante cualquier agresión que venga desde arriba. Estos son los sujetos de la indignación. Los pocos que aún mantenían un juicio propio y una conciencia clara de las causas de la opresión, previamente al quince de mayo, la habían forjado en la lucha diaria. Ellos serán lamentablemente las primeras víctimas de esta nueva forma de pacificación social.

X

Desde ahora, la indignación y su organización política serán un enemigo más a combatir por quienes pretenden destruir esta organización social y no ayudar a mejorarla.

De las casi siete mil millones de personas que habitamos el planeta hoy, más de la mitad sobrevive en entornos urbanos donde sus capacidades y su autonomía se ven aniquilados, sólo aptos para producir y reproducir las condiciones de vida de un pequeño grupo de privilegiados que disfrutan del lujo y la despreocupación. Más de mil millones de trabajadores agonizan entre la degradación y la miseria en los grandes vertederos que la urbanización planetaria ha ido habilitando para ellos, víctimas del genocidio de baja intensidad que el desarrollo económico lleva a cabo día tras día en los territorios cínicamente lla-

mados «en vías de desarrollo». En las zonas desarrolladas del mundo, donde una minoría aún mantiene ciertos privilegios que descansan sobre millones de muertos anónimos, el encuadramiento y la militarización de los conflictos sigue aumentando. La astenia y la depresión lo hacen de forma pareja. Macrocárceles y ansiolíticos: esa es la receta para los próximos años. Mientras las guerras por los recursos naturales se intensifican generando miles de tierras quemadas en las periferias del mundo desarrollado, en el interior de sus dominios el encuadramiento en el nuevo orden mundial exige una disciplina de cuartel y un constante condicionamiento ideológico. Las políticas xenófobas, la movilización de inmigrantes y su encierro en centros de internamiento, el aumento de la población carcelaria y el endurecimiento de los sistemas penales... todo apunta hacia unas políticas de mano dura que el escenario de la crisis global exige.

Mientras, la artificialización de la vida (su modificación genética, su mediación enfermiza a través de las nuevas tecnologías de la comunicación), y el monopolio de los recursos que unas cuantas élites ejercen en todo el planeta, ofrecen la visión de una nueva revolución que esta vez ya no aspira a realizar el reino de la abundancia en la Tierra, sino a amortiguar las consecuencias del desastre social y ecológico en el que culmina la industrialización del mundo. Esta «utopía conservadora» a menudo olvida decir que más de un tercio de la población mundial no entra en sus cálculos: son excedentes, así que trabajará silenciosamente para su aniquilación mientras su propaganda

sigue prometiendo la vida virtual en la red o la eterna juventud a través de la clonación humana o los paisajes im-polutos de una industrialización sostenible, con coches eléctricos, centrales nucleares y parques eólicos.

Hacer frente a todo esto es una tarea de siglos para la que la indignación de poco vale. La acción contra el orden debe dirigirse contra sus bases materiales, sus fuentes de energía, sus enclaves estratégicos de circulación de mercancías e información. Eso significa enfrentarse a unos estados militarizados con los medios más sofisticados de destrucción que probablemente haya conocido la humanidad. Como dijo alguien muy ajeno a las manifestaciones de la indignación sumisa «hay que golpear donde duele», y ninguna asamblea ciudadana lo ha hecho. Ni siquiera se lo ha planteado, ni lo hará, por los motivos que hemos tratado de exponer aquí.

Sí, lo sabemos, el panorama que plantea el agotamiento y agonía del modelo industrial y capitalista no es alentador. Por eso es necesario no entretenerse demasiado con sus estertores finales (pensamos que la ola de indignación es precisamente eso), y no concederles tan a la ligera la categoría de revoluciones. Vale decir: *si ellos son revolucionarios nosotros no lo somos, si nosotros lo somos ellos no son*. La enormidad de las tareas a afrontar puede hacer que cualquier intento de transformación abunde más en la derrota, con la consiguiente desmoralización. Y no andamos sobrados de moral.

Para millones de personas el acceso a una letrina ya supone una odisea diaria. Mantenedos al borde de la inani-

ción, viviendo en los *slums*, en las cloacas de la civilización occidental, unos mil millones de trabajadores en régimen de esclavitud abastecen de mano de obra a la industria globalizada de los países desarrollados. Este ejército de reserva mundial representa la contracara más terrible de aquel proletariado que inspiró las teorías revolucionarias del siglo XIX y parte del XX. En el mundo desarrollado la clase obrera industrial fue poco a poco desapareciendo, integrada por el consumo, reprimida en sus sectores más combativos, reconvertida y terciarizada en el reemplazo generacional. ¿Cómo se posiciona la indignación biempensante ante estos problemas?

Entendemos que para muchos la solución sea mirar hacia otro lado, y establecer su particular rebelión en torno a los desahucios por impago de hipotecas, o el acceso a la educación, o la reforma de las pensiones. Lamentablemente su pretendida rebeldía no pasará de ahí. Cuando tengan que tomar posición ante cuestiones más cruciales estarán sin fisuras del lado del orden. Al final de su lista de reivindicaciones tiene que haber alguien que las escuche y haga algo con ellas. Todo lo demás, les sobra. Lamentablemente, «todo lo demás» es precisamente aquello a combatir con más determinación.

XI

Parte del llamado movimiento libertario, o algunos grupos autodenominados anarquistas, quisieron alzarse como

vanguardia de la indignación. Pese a sus esfuerzos para justificar su participación desde posturas pedagógicas o instalarse en el seno de las movilizaciones para asegurar que adoptasen prácticas horizontales o asamblearias, muchas formas de intervención política atendían a una estrategia entrista clásica de la ultraizquierda. Lo que se pudo vivir en este sentido en muchas acampadas mostró las miserias que el ámbito de la radicalidad política venía acumulando desde hacía tiempo. Las autocríticas realizadas durante años a las formas de organización, el reformismo, la fe en la movilización de masas, el recurso identitario, etcétera, no sirvieron de mucho frente a la ola de indignación. Todas estas posturas críticas parecieron diluirse a la misma velocidad con que aumentaba el número de asistentes a las asambleas de las plazas. Parece, entonces, que el énfasis en lo cualitativo, en la radicalidad de los argumentos frente a la fuerza numérica, la no representación de intereses particulares sobre la autoorganización, no hubiese sido más que una forma de convertir la necesidad en virtud. Así, tras una larga marcha por el desierto de la cuestión social, el llamamiento indignado a encuadrarse en un movimiento de perfiles más que ambiguos desde el inicio, desató un sorprendente movimiento pendular a su favor por parte de muchos anarquistas.

O no tan sorprendente.

Tras la marginación política sin paliativos y la participación en una contracultura de poses autorreferenciales y estéticas —muchas veces rayana en el puro delirio— la visión de «gente en la calle» pudo más que cualquier re-

flexión o consideración estratégica. Convencidos de estar ante el siempre aplazado momento histórico, desdenando cualquier crítica a la participación por «no querer mancharse las manos», se creyó que el anarquismo tenía algo que decir en medio de la algarabía. Efectivamente, algo pudo decir, a condición de que no se pareciese en nada a la crítica radical que exige el orden social en que vivimos. Descubríamos entonces que «no se podía juzgar a la gente por sus motivos sino por el hecho de estar en la calle», que la pedagogía libertaria «necesitaba su tiempo», que muchos en las plazas «eran anarquistas sin saberlo»... Muchos anarquistas, sin duda, ni siquiera lo eran más allá de las consignas de siempre: autoorganización, autogestión, todo el poder a las asambleas... Consignas que, por otro lado, podían ser utilizadas tanto en las acampadas de mayo como en un conflicto laboral con Mercadona. Si algo demostró la indignación a muchos libertarios es que llegaban tarde hasta para ser reformistas. Ante lo cual algún indignado con sentido del humor pudo decir sin empacho que en realidad *los anarquistas son reformistas sin saberlo*.

En algunas ciudades, es cierto, el peso de elementos autónomos y libertarios más serios pudo romper el cerco ciudadanista en algunos momentos. La pregunta es: *¿a qué precio?* Cada cual tendrá su respuesta a este incómodo interrogante. Alguno, en plena desesperación, ante la cruda realidad que se iba imponiendo en las plazas pudo decir: «si esto es lo que hay fuera del gueto político, ¡viva el gueto!». Lo que no es una conclusión muy alentadora precisamente.

Quedó claro en cualquier caso que volver a las prácticas marginales de siempre (a las asambleas de cuatro o cinco personas y al activismo desencantado), supondría un amargo trago. Sin duda se podrá hacer: negar las evidencias es una cualidad que el anarquismo de la hora posmoderna ha aprendido muy bien. Proyectar el autoengaño en *los demás*, en esa masa amorfa y alienada de la que siempre queda uno a salvo cuando la nombra, es muy cómodo. Aunque estéril. Tanto como ensalzar a cualquiera que en bata y pantuflas bajase en los días de mayo a darse un garbeo por la plaza y cogiese el megáfono para decir «lo mal que está todo». Hay que señalar que, con leves diferencias, era lo mismo que se podía escuchar a la conclusión de muchas charlas y debates en cualquier centro social *okupado* mucho antes del quince de mayo (y, nos tememos, también después).

En muchos sentidos la indignación era más auténtica que cualquier grupo anarquista dispuesto a hacerse oír entre el griterío. Y al decir *auténtica* nos referimos a que representaba el papel exacto que el momento histórico le exigía: ayudar a refundar el orden sobre nuevas bases y retirarse ordenadamente. Exigencia esta que, aunque funcionó perfectamente como reclamo propagandístico para ciertos sectores progresistas y jóvenes repentinamente inquietados por su futuro, ni el más iluso de los indignados soñaba cumplir. Efectivamente, para muchos que nunca habían osado siquiera pensar por sí mismos, el hecho de decir «yo quiero cambiar el mundo» era ya un acto subversivo en sí mismo: hablar en público suponía una catarsis

que valía por años de indolencia. Deducir de ahí que en los actos masivos de las plazas se estaba gestando una especie de toma de conciencia política sólo es apto para voluntaristas sin cura.

Si el anarquismo hubiese sido algo en ese momento habría actuado *frente* a la indignación, y no a su lado. Muchos comenzaron a vislumbrar esto demasiado tarde. Para su relativo consuelo hay que decir que no se ha perdido ninguna oportunidad histórica; que no se ha traicionado por enésima vez la «Revolución». No hay por qué lamentarse. En cualquier caso, tendríamos que desterrar de una vez la idea de que la transformación revolucionaria de la sociedad en que vivimos es una *cuestión de grados*: que partiendo de una protesta se llega a una insurrección y de ahí a la revolución total, dependiendo del grado de enfrentamiento con la policía o la presencia de anarquistas. No funciona así. Lo importante es la *naturaleza* de esa transformación. Y eso es lo que siempre ha estado en juego.

La indignación es hija de un tiempo que, mal que nos pese, también es el nuestro. Entender ese tiempo es una condición imprescindible (aunque no suficiente) para poder negarlo.



Su tiempo



Ha surgido un mundo de atributos sin hombres, de experiencias sin la persona que las experimenta.

Robert Musil

El hombre sin atributos

XII

El tiempo que vivimos genera los movimientos en contra que necesita para ampliar los plazos de su vencimiento. Los síntomas de agotamiento del modelo de acumulación capitalista desde hace más de cuarenta años ha supuesto, lejos del colapso que cíclicamente se anuncia en cada una de sus crisis de recesión, su imposición por múltiples vías. A las ya viejas (y aún vigentes) de la represión y el recurso a la guerra, se les ha unido la consolidación de los Estados como único garante de la vida pública, el desarrollo ingente de la propaganda, y la organización técnica más pormenorizada de la existencia.

La fragmentación social y el declive de los grandes movimientos de masas tuvieron dos corolarios que aún hoy nos debemos explicar: la desintegración de la clase obrera occidental y la aparición de la contracultura. No es este el lugar para dedicarnos *in extenso* a describir estas transformaciones, y otros lo han hecho mucho mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros. De cualquier modo, el progresivo aburguesamiento de las clases trabajadoras en los países más desarrollados, su participación política a través de las reivindicaciones salariales y las mejoras laborales, unida a la satisfacción de muchas de aquellas demandas, fueron quitando el suelo bajo los pies a la clase supuestamente revolucionaria. Las victorias parciales que los trabajadores consiguieron mediante sus luchas, también significaron un compromiso por parte de las clases dirigentes con la ampliación del proyecto modernizador. En aquella correlación de fuerzas, el éxito del capitalismo de posguerra fue proponer una existencia sin sobresaltos y dar salida a multitud de productos (mercantiles, políticos y culturales) que poco a poco la fueron afianzando como *imago mundi*, propiciando la paulatina integración de los trabajadores por medio del acceso al consumo. Acceso a bienes materiales que la nueva fe en un desarrollo económico milagroso sellaba ideológicamente en un amplio consenso social en el bloque capitalista y, de otro lado, el encuadramiento político de las organizaciones obreras en el bloque soviético. El pacto de no agresión que significaron las políticas del *New Deal* sigue siendo el lugar al que miran de reojo quienes hoy rei-

vindican su derecho a permanecer en el capitalismo sin sufrirlo demasiado.

Muy cerca del colapso de aquel modelo de acumulación de posguerra, durante los años setenta del pasado siglo, la contracultura jugó un papel central en las nuevas aspiraciones revolucionarias que pretendían cambiar, no ya el lugar de trabajo o la presión a la baja sobre los salarios o las formas de redistribución de la riqueza, sino *la vida misma*. A la parte aún no integrada en la masa salarial —sobre todo los jóvenes estudiantes— la perspectiva del mundo de la cadena de montaje se le había vuelto tan indigesta que su agitación desató un periodo de revueltas en todo el mundo. Cuando tras extinguir el incendio el orden se refundió, lo hizo a la altura del reto que las revueltas habían planteado. Y así mantuvo la parte de aquella contracultura que servía directamente a los intereses del nuevo capitalismo y modernizó sus formas de regulación social, abriendo un posterior periodo contrarrevolucionario del que aún somos testigos.

Ya a finales de los '60 era tarde para abordar la revolución necesaria, porque cambiar la vida, pese a todo, exigía volver a un momento en que el desarrollo industrial no estuviese articulado a tan gran escala. Si entonces el asalto a la sociedad de clases se vivió en parte como tragedia y en parte como farsa, hoy lo trágico es el carácter de farsa sin apelación que presenta cualquier movilización social. En nuestros días la movilización se realiza exclusivamente para la defensa de lo existente, y no para su cuestionamiento radical. La mediación de partidos minoritarios,

sindicatos, grupos ecologistas, ONG y asociaciones hizo el trabajo necesario —durante los últimos veinte años del siglo pasado— para enfriar cualquier conflicto y devolverlo sistemáticamente al encierro de la sociedad industrial y a la *Realpolitik*. Si la indignación ha expresado algo ha sido su pretensión de no necesitar ya de aquellos mediadores *porque se basta a sí misma para defender ese encierro*. De modo que tras presenciar la representación de la rebeldía indignada, uno tiene la sensación de haber asistido a un baile de máscaras siniestro, donde quienes apelaban a la buena fe de la gente de la calle y a la ilusión del número, han tenido que obviar la derrota histórica que permitiría la agregación masiva a una movilización en defensa de la vida alienada.

Y ni siquiera la participación fue tan masiva como quisieron reflejar los medios de comunicación (¿por qué ese interés en recalcar la representatividad de este movimiento?). Los periodistas dijeron, y muchos de los participantes así lo creyeron, que las tomas de las plazas *representaban* la voz del malestar social; algo que, como demostraron los resultados de las elecciones generales de noviembre, era mucho más que exagerar. Así, tratar de orientar políticamente lo que sólo pedía a gritos subsistir en la indolencia ha sido la tarea histórica de la indignación organizada. Pero los organizadores del malestar no podían hablar por toda la sociedad. Más que nada porque es dudoso que tal cosa exista.

Desde hace un siglo ha proliferado una especie de manía adjetivadora: *la sociedad industrial, la sociedad del bienestar, la sociedad de masas, burocrática, de consumo,*

del espectáculo, global, de la comunicación, del riesgo, la sociedad red, digital, líquida, movediza... Lo que podemos entender maliciosamente como un intento de escapar a la evidencia de que el sustantivo a adjetivar tiene cada vez menos sustancia. Sin ánimo de exagerar: podría decirse que la culminación de los tiempos modernos ha dado a luz una *masa sin sociedad*. Al quedar los límites externos del orden tan definidos en su interior, la descomposición en curso ofrece la imagen de una multiplicidad sin sujeto ni fin. Como la recua de posmodernos se ha encargado lo suficiente de glosar esta situación y dar vítores por lo informe, indefinido e inmaterial de esta *multitud*, nos ahorraremos más descripciones. Sería triste, si no fuese tan desesperante.

Siempre se puede decir con razón: «Y si estoy desesperado, a mí qué me importa». Pero hoy ni siquiera la desesperación nos ofrece un apoyo seguro, pues parece ser que andando el tiempo será precisamente ella —la desesperación más cruda— la que movilice las energías e indignaciones acumuladas durante los próximos decenios. A los alentadores de incendios no les faltarán ocasiones para dar rienda suelta a su poesía en verso libre. Para nuestra desgracia, tendremos que lamentar pérdidas más importantes que la de la buena literatura.

En el curso de estas transformaciones, el círculo de la opresión ha tenido un cierre tan perfecto que la conciencia, para poder sobrevivir, ha intentado mutar en positivo hacia la defensa a ultranza de la *buena representación*. La simple negación de lo existente no parecía posible por-

que ya no había lugar al que remitirse fuera del mundo falsificado en que vivimos. El tiempo de la impugnación a la totalidad mediante la reivindicación de masas pasó hace tiempo, y los nuevos escenarios en que la conciencia de la opresión y la pasión por la libertad se expresen serán aquellos en los que la contrarrevolución no pueda dar ya respuestas al desastre en marcha. Impugnar el orden existente presupone defender una idea de la justicia y la libertad, pero se ha vertido tanta mierda sobre esas palabras que hoy nadie se atreve a pronunciarlas.

XIII

La revolución se ha masificado. Por una parte, las sociedades contemporáneas están saturadas de acontecimientos «revolucionarios» y, por otra, los tipos de rebelde brotan y proliferan rápidamente junto a los arces de la autopista del progreso.

Los tiempos nos han enseñado a convivir con cantidades ingentes de momentos revolucionarios. Desde la revolución de un dentífrico anticaries a la revolución informática, pasando por distintas revoluciones nacionales y democráticas, todo acontecimiento, para realizar su puesta de largo ante la opinión pública, debe lucir una pátina revolucionaria que lo haga deseable. Cuando el esquema de juego de un equipo de fútbol es calificado de revolucionario, o la industrialización de la agricultura pasa a la historia como una revolución verde, no podemos más que

constatar que «la revolución ha entrado en el carril de las costumbres».

Cabría decir que lo verdaderamente radical es ese uso perverso del lenguaje que, ante sujetos sometidos, propone objetos revolucionarios, obligándonos a correr con la lengua fuera detrás de los tiempos de la industria. Esta situación no es ninguna novedad. Viene sucediendo desde que la publicidad y la propaganda, a través de los medios de comunicación de masas, dan forma al imaginario colectivo. No hemos extraído todas las consecuencias de aquella sentencia que decía: «Se abre paso una generación que ha aprendido más palabras de la televisión que de su madre».

La generalización durante el siglo xx de estas revoluciones domésticas, al alcance de todos, propició un cambio de agente del que aún no somos del todo conscientes. Ahora son las cosas —producidas industrialmente— las que tienen un carácter revolucionario, no las personas o los grupos o las clases sociales. El sujeto, para poder participar del acontecimiento revolucionario, sólo tiene que obedecer y comprar (elegir entre opciones predeterminadas con la mayor libertad posible), consumir a la velocidad impuesta y estar siempre a la vanguardia de los tiempos modernos. La participación tiene carácter obligatorio. Una persona sin teléfono móvil se convierte de inmediato en sospechosa. Si uno prefiere leer en lugar de ver vídeos en YouTube estará muy cerca de mutar en cavernícola o, terror, en pequeñoburgués ilustrado.

Se puede hacer una prueba muy sencilla: si uno dice de sí mismo en una reunión social que es un revolucionario

rio, podrá sentir cómo las miradas que sus interlocutores le dedican, mezcla de reproche y sorpresa, serán muy parecidas a las que obtendría si hubiese dicho «acabo de llegar de Marte». Pero si sostiene que su nuevo eBook supone una auténtica revolución en su forma de almacenar libros y en su relación con la lectura, nadie le chistará. Efectivamente, el eBook es revolucionario; uno no puede tener la arrogancia de ponerse a su altura, so pena de pasar por una persona con inclinaciones «totalitarias» o algo mucho peor: albergar algún tipo de resentimiento contra la tecnología.

Si la revolución está hasta en la sopa —instantánea, si se nos perdona el chiste fácil— es porque se ha generalizado la dependencia a un grado inconcebible hasta hace sólo doscientos años. De modo que en el momento en que más se invoca el carácter revolucionario menos se lo ve por ningún lado, y cuanto más se habla de revolución más se la domestica.

En tiempos de la Revolución Americana (1786) y Francesa (1789) las fábricas no se habían implantado más que en algunos lugares concretos, y los canales de Erie y Panamá —tan importantes para el capitalismo internacional que conocemos hoy— aún no se habían abierto. Cuando Marx y Engels escribieron el *Manifiesto comunista* (1848) no se había tendido el primer cable subacuático que uniría Inglaterra con Francia, y el alumbrado eléctrico público tardó casi cuarenta años en instalarse por primera vez en una ciudad europea (concretamente en Timisoara, Rumanía, en 1884). En 1871, cuando se instauró la Comuna de

París, no se conocía la metralleta ni la granada de mano, y el primer teléfono no se patentó hasta 1876. En la revolución social española de 1936 ya existía el Estado, pero el coche seguía siendo un juguete para ricos, casi nadie imaginaba que tendríamos una lavadora y un frigorífico en cada casa, y la bomba atómica tardaría unos años en utilizarse. Durante la revolución cubana (1959) y el mayo francés (1968) ninguno de sus participantes se comunicó vía Twitter ni Facebook, y todavía no se habían producido los accidentes nucleares de Three Mile Island, Chernóbil y Fukushima.

Aquellas revoluciones, vigentes aún en el imaginario colectivo, hicieron frente a un orden social muy distinto al nuestro. El proceso de modernización aún dejaba algunos resquicios que hoy se han sellado. Otros se abrirán en el proceso de agotamiento del modelo industrial, pero buscar en el reflejo pasado de aquellas revoluciones la inspiración para la lucha presente es condenarse a no ver nunca ni el lugar ni el momento. Por eso invocarlas se ha convertido en un ritual sin gracia. En nuestro tiempo de sociedades complejas e interdependientes pensar en un tipo de revolución que se sostenía en un desarrollo industrial y económico relativamente sencillo es, simplemente, una ilusión —*ilusión*: principio de realidad de los ilusos.

Precisamente porque se ha vuelto impensable, y en muchos aspectos impracticable, una revolución social de aquel tipo, se nos trata de imponer un sucedáneo en cada parcela de nuestra existencia. Dado que el individuo se ve incapacitado para enfrentarse a aquello que lo mantiene vivo —la producción industrial y el desarrollo tecnológi-

co— delega en los objetos de esa misma industria la transformación de un mundo que ya no lo acoge sino como consumidor-consumido. Al final de ese proceso de desposesión (o si se quiere, en el cambio de una opresión por otra) supuestamente encontrará, reluciente, aquella condición humana que precisamente abandonó al principio, y una nueva «autonomía» basada en la multiplicación de prótesis técnicas y dependencias insoslayables.

El sujeto saciado de estas pequeñas revoluciones ya no tiene tiempo de elaborar sus deseos y debe adaptar sus reflejos a los que se le van imponiendo continuamente. Desde que el monopolio de la acción transformadora en el mundo lo ostenta la industria —por algo ha prevalecido el término «revolución industrial»—, la idea de la emancipación ha perdido su fuerza inspiradora y se ha ido degradando en múltiples banalidades que adornan el escenario de la opresión cotidiana en todo el planeta. De modo que reclamar una revolución que avance en el sentido de esa historia y nos permita acceder a sus beneficios materiales es situarse a la vanguardia de la dominación contemporánea. Nada más y nada menos.

Sin duda, dar «el manotazo hacia el freno de emergencia» en el tren del desarrollo suicida es obligado, pero ¿y si fuese demasiado tarde? ¿Y si la inercia acumulada hiciese ya inútil incluso esa actitud primigenia de decir «no»? ¿Nos veríamos entonces abocados a la pura rebeldía sin objeto ni futuro, a la mera reacción desesperada?

Aquí nos encontramos con el segundo problema, y es que en nuestro tiempo ese tipo de rebeldía desencantada

está a la orden del día, y la propicia precisamente esa actitud catastrofista que hace tiempo asumió la propaganda oficial: *there is no alternative*. En una versión degradada, el rebelde romántico se ve instalado en el centro de la tormenta desatada por el desarrollo tecnológico como principio y causa de toda impugnación a la realidad histórica. La «transgresión» a la que apela la rebeldía de hoy se ha convertido en norma, y la supuesta norma de un mundo «burgués y capitalista» a la que enfrentarse ha desaparecido. Suena polémico, pero la rebeldía no apelaba tanto a la transformación del mundo como a la negación de esa transformación, y aquella era su ventaja y su tragedia. Precisamente la tragedia, la muerte heroica del rebelde, estaba en el centro de la poética romántica, advirtiendo de aquello que se *perdía* en el mundo y no tanto de aquello que se *podía ganar*.

La rebeldía de nuestro tiempo, generalizada también como producto, se expresa en las dos variantes del representante contracultural y el consumidor perpetuamente insatisfecho. Por supuesto, los límites entre uno y otro existen, y sin embargo hoy son mucho más porosos que ayer, pero menos que mañana. En cualquier caso, ambos comparten el prurito de la transgresión. Hasta tal punto es así que la transgresión se realiza para que alguien la pueda consumir y el consumo cultural de transgresión se vuelve imprescindible para renovar el deseo de nuevas transgresiones. He aquí el secreto de esta transfiguración: para que la rebeldía se generalice, debe aceptar el orden; del mismo modo, para que se den procesos de *participación* deben ser

planificados. Así, el rebelde de nuestro tiempo ya no puede invocar ningún valor positivo al que sacrificarse. Más bien niega la preeminencia de cualquier valor sobre otro, y esto lo hace en nombre de su inalienable libertad de elección.

La operación tiene dos corolarios: primero, banaliza la tragedia de la muerte del rebelde (al fin, había que pensar que algo *sí merecía la pena* para dar la vida por ello) y, segundo, la libertad queda sujeta a nada, se vuelve abstracta y sin contenido. Ambas permiten adaptarse mediante la rebeldía al espasmo continuo en que se ha convertido la sociedad tecnológica. La compulsión es su motor y su fin último, por eso necesita del conflicto y del antagonismo, por eso instiga a rebelarse en todo momento. La rebeldía democratizada, institucionalizada y consumible es el trasunto de la producción industrial de la existencia. Por ello en más de un sentido no faltan rebeldes: más bien sobran.

El broche es sublime: *el sujeto rebelde consume objetos revolucionarios*. Y así todo queda en casa. Cada cual, atendiendo a su rebelde antojo, a su deseo de satisfacción inmediata, elige la revolución que desea consumir, y la contrapartida, el éxito de su empresa, no será ya la transformación de la sociedad —eso ya lo hacen muy bien la Técnica y el Estado— sino su adaptación indolora a ella.

XIV

Desde 1945, el desarrollo de las sociedades industrializadas supuso la consolidación de la organización técnica de

la producción y la organización estatal de la vida pública. Si en algún momento aquellas estructuras e instituciones querían ser una especie de caparazón para el cuerpo social —sobre todo con el desarrollo de las políticas económicas keynesianas y el ideal del *Welfare State* o Estado del Bienestar—, andando el tiempo se convirtieron en parte esencial e irrenunciable de la condición social del ser humano. Pasaron «de caparazón a esqueleto». De este modo, la vertebración de las sociedades modernas en torno a la producción en masa y el gobierno de los estados-nación propició una mundialización de la economía como no se había conocido hasta entonces. Mundialización basada en el consumo ingente de combustibles fósiles y en la creciente movilidad, tanto de las mercancías producidas por la industria como de las personas que a través del consumo aspiraban a la integración en los estándares de vida de una ideal clase media. El éxito en los países occidentales fue abrumador. El mito del desarrollo económico indefinido asoló el planeta sometiendo a su yugo a propios y extraños. El fruto envenenado de esta explosión de la abundancia fue la condena a una dependencia atroz de la mayor parte de la población mundial. Dependencia de la organización técnica de la producción y de unos modos de regulación social que no podían aspirar sino al crecimiento de la organización estatal.

Hoy esas condiciones no han hecho más que agravarse y extenderse a cada vez más lugares del orbe. De modo que si nuestras sociedades modernas tienen los pies de petróleo, el cuerpo es tecnología e industria, y la cabeza burocracia

estatal e internacional. Nuestro mundo es otro muy distinto al de las revoluciones históricas que hemos conocido y, por tanto, un movimiento transformador debería asumir esos cambios si no quiere quedarse en la pura fantasía. Y ese es nuestro mayor problema: que aquellas instituciones contra las que debemos enfrentarnos son las mismas que se han convertido en garantes de nuestro sustento más inmediato. Cada vez en mayor medida la satisfacción de nuestras necesidades básicas requiere de la mediación tecnológica y burocrática. Las sociedades relativamente autónomas y apartadas del circuito planetario de la mercancía han sido aniquiladas por el progreso —o están en una posición tan marginal que sólo funcionan como *souvenir* folklórico de la devastación. Así, el objetivo de la emancipación del ser humano frente a la opresión de la necesidad y la escasez natural, ha supuesto la sumisión a unas relaciones sociales tan opresivas que han acabado por integrarse en lo más íntimo de cada individuo. Esa es la razón por la que desde la segunda mitad del siglo XX muchos movimientos sociales no vieron otra vía que la reivindicación de aquello que precisamente debía ser objeto de negación. Y en esa situación nos encontramos todavía. Pero hoy en una escala mucho mayor y con los síntomas de un agotamiento del modelo de acumulación cada vez más acuciantes. Por eso la «revolución social» sigue en una vía muerta, o en un *cul de sac*, del que no saldrá de la noche a la mañana. La visión en perspectiva de esta situación exige contemplar un largo plazo que choca irremisiblemente con las concepciones del estallido social o la revuelta primaveral.

Al haberse constituido aquello que nos oprime en órgano sustancial para reproducir la vida, toda lucha contra el orden social tiene desde hace tiempo los rasgos de una automutilación que, como es normal, casi nadie desea. Las derivas que esta situación ha provocado en las concepciones de la transformación social son complejas y van desde las llamadas al decrecimiento a las nuevas espiritualidades y las admoniciones catastrofistas de todo tipo. En cualquier caso, todas comparten un hábito de desesperanza —muy lógico por otro lado— que se suele combatir con un activismo redentor, en una desigual competencia con la actividad frenética del mundo de la mercancía. La globalidad de la quiebra social derivada del desarrollo económico hace que la organización de la supervivencia trate de ser asumida, cada vez más, a escala local, como forma de resistencia e integración. Pero, precisamente, esta organización de la supervivencia hace que, junto a las condiciones de vida que deseamos conservar, sobreviva también aquello que en última instancia está llamado a destruirlas.

XV

Las llamadas a la «escala humana» y a la vuelta a lo local corren el riesgo de ser puestas en práctica con la mediación de los gestores del derrumbe. El tiempo de la indignación es también el tiempo de dar importancia a «lo pequeño», siempre a costa de que las grandes cuestiones continúen aplazadas *ad infinitum*. Pues lo pequeño no

siempre es hermoso. No podemos descartar que en el curso de la descomposición del mundo moderno, economías regionales aboguen por un tipo de populismo de supervivencia y por una organización social cerrada sobre sí misma que haría las delicias de los pequeños Pol Pot que proliferan como mesías de la última hora.

Mientras siga funcionando el comercio internacional mediante el sistema de contenedores sostenido en el consumo de combustibles fósiles, y el mercado financiero continúe su integración en la tupida red informática global, se podrá fundar ecoaldeas sin demasiados problemas. Son lógicas que hoy por hoy no se interfieren. En el límite se puede decir que determinadas secesiones del mundo de la mercancía ejercen de aliviadero para la olla a presión en que se ha convertido la economía mundial. Del mismo modo que el trueque y las cooperativas de productores y consumidores coexisten perfectamente con la política monetaria del BCE y las directrices del FMI.

No tratamos aquí de ridiculizar los intentos de vivir alejados de las lógicas mercantiles, tecnocráticas y estatales: sólo intentamos situarlos al nivel en que realmente se encuentran respecto a la necesaria transformación social que como hemos visto requiere de algo más que la mera renuncia de unos pocos o la cooperación de ciertos grupos concienciados de productores y consumidores. Lo que cuenta es la intencionalidad de esta deserción, y lo que pueda generar su generalización en cuanto a la formación de una conciencia transformadora está por ver. Muy bien puede convertirse en refugio para una idea catastrófica

que acabe por desentenderse de los problemas cruciales o, al contrario, generar las condiciones necesarias de una relativa autonomía para los sujetos que, desde su libre juicio, se enfrenten al mundo que nos aboca a una existencia miserable.

En los años 30, durante la Gran Depresión, Henry Ford animaba a sus trabajadores a tener un pequeño huerto en su casa para autoabastecerse de verduras y hortalizas y, de paso, ocupar su tiempo libre de una manera productiva y mantener su mente alejada de ideas subversivas. En Kinshasa las medianeras de las carreteras se han convertido hoy en huertos improvisados que atenúan levemente el hambre de una población exhausta, sumida en una crisis humana que haría avergonzarse a cualquier indignado.

¿Que no podemos pensar en estos términos si queremos *hacer algo*? Pues entonces sería mejor no hacer nada. Tener presente el alcance de nuestra dependencia y la profundidad de nuestro sometimiento puede ser desalentador para muchos, pero es un principio irrenunciable de racionalidad y cordura que habrá que sostener, a pesar de todo, frente a la irracionalidad de estos tiempos que nos ha tocado vivir y aquellos que se alzan *indignados* en pos de su mejora.

XVI

Mantener a toda costa cierto nivel de consumo, que se equipara a un pretendido bienestar y a la defensa de un ni-

vel de vida, es el objetivo de los movimientos sociales que actualmente se posicionan frente al orden económico vigente. Las luchas contra las privatizaciones, los recortes laborales y de derechos sociales transcurren por esa vía muerta revolucionaria que pretende mantener los beneficios del proceso de industrialización del mundo sin querer soportar sus efectos nocivos. Hace ya tiempo sabemos que unos y otros están indisolublemente unidos, y la experiencia de la insatisfacción perpetua del consumidor moderno no hace más que constatarlo a cada paso. El consumo de multitud de cosas inútiles es el recurso terapéutico por excelencia en unas sociedades que han perdido todo sentido y posibilidad de sobrevivir a su propio desarrollo.

Las primeras materias que se comerciaron internacionalmente fueron el té, el café, el azúcar, el tabaco, los perfumes, las especias, el opio... miles de toneladas de productos que se nos han vuelto hoy tan necesarios como el aire, aunque en su tiempo no fuesen más que gastos suntuarios. ¿Debemos seguir defendiendo tan altas conquistas de la industria? Eso parecen decir quienes se rebelan contra el actual estado de cosas: «queremos seguir teniendo lo que tenemos y, a ser posible, un poco más». Lo peor es que las cosas verdaderamente necesarias para la vida, las más básicas, han sucumbido ya al proceso de industrialización y sólo podemos obtenerlas mediante nuestra inserción en la maquinaria social. El acceso al agua corriente, las tierras de cultivo, las semillas, la crianza de animales, el refugio de un techo, han ido cayendo en el proceso administrativo de aquellos que nos venden el mundo a cachos, y ya hoy

es muy difícil que la gran masa de seres humanos que habita el planeta prescinda por completo de esa mediación, so pena de aceptar un trance dramático y angustiioso de carencia y restricciones. Ese «trance», por cierto, sucede a diario en la mayor parte del planeta, pero de tanto verlo continuamente a través de la televisión y los periódicos ha acabado por no sorprendernos en absoluto y ofrece una coartada al cinismo del «otros están mucho peor». Nos hemos mimetizado con la frialdad de la producción en serie y ahora es la humanidad la que parece haberse convertido en un bien suntuario.

El tiempo de la indignación es el tiempo de la defensa de los privilegios, no el de la revolución contra el orden que los produce. Ir en su contra supondría aceptar una reducción drástica de muchas comodidades y prebendas que la organización técnica nos ofrece, y esa perspectiva no es alentadora para la mayoría. Más bien es exactamente lo contrario de lo que defienden cuando se *indignan*, aunque su forma de demostrarlo sea en ocasiones ambigua. No podría ser de otra forma, pues se acaba defendiendo aquello que por un lado nos oprime y por otro nos mantiene vivos.

Habrà quien nos diga que hablando con paradojas coremos el riesgo de inmovilizar cualquier impulso de rebelión. Y aquí no podemos más que estar de acuerdo con la segunda parte de esta afirmación. *Paralizar* el curso de la movilidad perpetua que nos atenaza quizá sería el único escenario propicio para la acción contra el orden. Interrumpir indefinidamente el flujo de mercancías e información, desmantelar sus infraestructuras, sería muy

parecido a provocar un apagón. Aunque el interrogante está justificado: ¿cómo sobreviviríamos entonces? Aquí es cuando respondemos a la primera parte de la afirmación: no es que hablemos con paradojas con intención de epatar a nadie, es la realidad la que se desarrolla paradójicamente, con independencia de cuáles sean nuestras intenciones. Esto, por cierto, no quiere decir que toda intención de cambio sea inútil, sino que hoy por hoy son insuficientes.

El esfuerzo imaginativo que requiere superar la situación actual está muy lejos del alcance de las reivindicaciones de nuestros días, por radicales que se pretendan. El desmantelamiento consciente de este tinglado supera en mucho por ahora las exiguas fuerzas con las que cuentan los partidarios de una transformación social. Además, ¿quién está en condiciones de hacer proselitismo de tan poco brillante porvenir? Ciertamente, algunos lo intentan con enconado esfuerzo, pero para ser escuchados acaban pintando un cuadro tan burdo de las aspiraciones emancipadoras y del desarrollo histórico de la opresión que sólo cabe desearles éxito y que finalmente realicen su íntimo deseo: ser consumidos como una moda más.

Para los que aún siguen defendiendo la causa de la libertad el trabajo por venir es ingente, y sólo nos cabe esperar que nuestro sentido de la responsabilidad no se vea abatido por las condiciones adversas, que nuestra capacidad para imaginar nuevas formas de enfrentamiento y disidencia no se vea tentada por la constante llamada a la resignación y la complacencia.

Si algo nos ha deparado la culminación de nuestros tiempos ha sido un aumento sin precedentes de la tolerancia, entendida como aquella adecuación a las condiciones impuestas que exige de quienes las sufren una extraordinaria capacidad de adaptación. Tras el desastre nuclear de Fukushima, los organismos encargados de velar por el buen nombre de la energía atómica elevaron en varios puntos la tolerancia a la exposición que, en teoría, podían soportar los niños irradiados. Hay que desear por tanto que esta sorprendente resistencia se generalice a todos, pues hay más de cuatrocientos reactores nucleares funcionando en todo el mundo y, a medida que pasa el tiempo, por el mero hecho de la obsolescencia de toda tecnología, el accidente es más probable. Y no sólo eso: el funcionamiento sin incidentes del entramado nuclear es ya un suicidio, aunque más lento. Como se ve, parece que no nos queda más remedio que adaptarnos a esta situación porque a día de hoy, ni siquiera los ingenieros nucleares más doctos tienen claro cómo detener el funcionamiento de una central nuclear sin asumir riesgos definitivos. Si hay que extraer alguna lectura positiva de todo esto es la visibilidad del cinismo de aquellos que se denominan expertos y que con una frialdad a la altura de sus crímenes evalúan el nivel de riesgo al que todos debemos someternos. No es demasiado, pero saber que hay personas con nombres y apellidos que se encargan de gestionar la aniquilación puede hacer pensar a algunos que no se trata de una situación inevita-

ble o la consecuencia del desarrollo de un poder anónimo, sino que hay grados de responsabilidad sobre los que ejercer una acción a la altura de las circunstancias.

Nuestras realizaciones tecnológicas van mucho más allá de lo que podemos asumir y reclaman de nosotros una actitud tolerante frente a su desarrollo. Así, un consenso fundado en el miedo y en la incapacidad para cambiar una realidad demasiado monstruosa como para vernos representados en ella se abre paso en el avance de nuestro tiempo. Ansiosos para lo impensable y yodo en pastillas para lo indigerible. El mejor antídoto para la radiación, sin embargo, sigue siendo la intolerancia hacia quienes la imponen.

¿Qué llamamiento, protesta o reivindicación de nuestros días tiene presente esta dimensión nada anecdótica de nuestro sometimiento y las exigencias que plantea?

XVIII

No podemos decir, es cierto, que no exista cierta conciencia sobre el desastre en que vivimos. El problema aquí no es tanto la constatación del desastre como *el tipo de conciencia* que genera. Hemos visto desarrollarse desde hace algunos años lo que podríamos llamar un *ecumenismo en la catástrofe*, que nos conmina a todos a un nuevo milenarismo y a un fin de los tiempos de rasgos apocalípticos. La conciencia catastrofista de los signos de agotamiento de un modelo de sociedad basado en la Técnica y el Esta-

do puede hacer muy bien desear que todo se quede exactamente como está —y esa sería la actitud menos nociva. Pero nada hace suponer que la idea de un «fin del mundo» tan grosera como la que vierten los productos culturales del capitalismo tardío, no tengan como contrapartida la añoranza de un «hombre fuerte» (aquí puede leerse «organización fuerte») que corrija todos los desmanes con un certero golpe de mano.

Los argumentos ecologistas ya hace tiempo que pasaron al bando de la vida administrada y surten a los temerosos de índices de contaminación, riesgos de intoxicación, impactos ambientales, etiquetado ecológico, trazabilidad y otras jergas. Nada hay en ellos que pueda hoy ser utilizado en contra del orden impuesto. El grado de integración de las economías industrializadas y su desarrollo hipertecnológico hace inútil cualquier advertencia moral sobre las consecuencias ecológicas o los efectos contra la salud. El planeta ya ha sido devastado y sólo queda a algunos gestores administrar sus ruinas.

El nuevo ecumenismo nos lleva de la mano hacia la gestión del desastre. Como parte de una misma humanidad en riesgo de ser aniquilada por su propio desarrollo tenemos no tanto el derecho a participar de las decisiones como la obligación de hacerlo en todo momento. El ciudadano medio debe ser ecologista, participativo y demócrata; su conciencia debe estar «limpia», siempre presta a la colaboración y a optar sin demasiados remilgos por el mal menor. Hay que trabajar juntos para salvar el planeta, ese es el mandato. Quienes rechacen unirse al coro tendrán

que ir preparándose «para ser tratados en breve como lo son en tiempos de guerra los desertores y saboteadores».

Del mismo modo que la burocracia ha asumido el ecologismo como un principio irrenunciable, la cultura empresarial durante el último tercio del siglo XX sufrió una transformación en sus formas de gestión, apelando a la desaparición de las estructuras rígidas y verticales, y a la puesta en marcha de los equipos de trabajo horizontales, la inteligencia emocional y una gestión inclusiva que hiciese partícipes a todos los trabajadores de una misma meta —nos es también conocida esta jerga: *la visión y la misión, el liderazgo democrático, las voces del sistema, la corresponsabilidad*, etc. La nueva cultura empresarial desarrollada a partir de los años setenta tomaba las herramientas de la participación asamblearia y la autoorganización —convenientemente vaciadas de su contenido— para hacer frente a los nuevos escenarios de la economía de mercado y, así, enarbolaban la flexibilización como fórmula para la eterna juventud de sus negocios. Para entender el proceso por el que la conflictividad obrera se fue diluyendo habría que investigar hasta qué punto aquellos argumentos de la participación y de «remar en el mismo barco» hicieron presa en aquellas personas que se incorporaron al mercado de trabajo cuando la era del pleno empleo ya había terminado y el paro y la precariedad se habían convertido en norma.

La organización de la educación media y superior hace tiempo que incluyó las clases participativas, la horizontalidad y la creación colectiva de «conocimiento». En muchas escuelas —ahora las llaman comunidades de aprendi-

zaje— los niños tienen asamblea una vez a la semana. Esta proliferación de la actitud participativa fomentada por quienes gobiernan el mundo no es casual, y cabría preguntarse hasta qué punto ha sido una influencia decisiva en la forma que adoptaron las expresiones públicas de la indignación. Ante la atrocidad de las decisiones que se deben tomar en el marco de la destrucción imparable de la vida social, se requiere de un consenso fuerte y activo, y para conseguirlo la verticalidad y la jerarquía son hoy mucho menos eficaces.

La conciencia ecológica y la participación social se han convertido así en *leitmotiv* del capitalismo crepuscular. Por eso la propaganda los requiere siempre en primera línea de fuego. Como la transformación que se pretende se hace en el mismo sentido del desarrollo histórico —para que el deslizamiento hacia el desastre sea gradual y nos dé tiempo a acostumbrarnos y adaptarnos a él—, el enfrentamiento entre los defensores del orden y sus pretendidos antagonistas hace de caja de resonancia para el acuerdo de mínimos que reza: «Todos juntos y hermanados hacia una misma sumisión». El tiempo de la indignación es el tiempo de cerrar filas en torno a esta divisa para garantizar que la opresión que viene no pierda un ápice de legitimidad.

XIX

En los últimos doscientos años hemos producido demasiada realidad. El bombardeo diario de la propaganda nos

oferta tanta y a tal velocidad que no hay estómago que lo resista. Ante esta saciedad es normal el desvarío de la fantasía y el recurso a la evasión analgésica. Lo que proliferaba entonces es la indolencia más aterradora y las ilusiones más infantiles. Una buena mezcla de ambas pudimos vivirla durante los días siguientes al 15 de mayo de 2011.

La reclusión en la experiencia individual de la desposesión no ha sido puesta en duda en ningún momento por la indignación —ni por otros movimientos anteriores más serios. Más bien al contrario, han ofrecido una manera de particularizarse dentro de esa *masa sin sociedad* de la que hablamos antes. Y es que nuestro tiempo está obligado a ofertar de cuando en cuando esos alivios multitudinarios (hay quienes participan de la movilización y corren enseguida a la televisión o al periódico para enterarse de cuánta gente acudió). Lo hace con los espectáculos deportivos, con las elecciones y con las manifestaciones festivas del descontento. Se forja en la educación más temprana, en las universidades y el trabajo, en los centros comerciales y en la desoladora experiencia urbana. No deberíamos olvidar que la «muchedumbre solitaria» se indigna sin dejar por ello de ser muchedumbre.

Lo que se ha perdido en el curso del proceso de modernización ha sido demasiado como para que nos podamos dar cuenta de su importancia. Y cuando lo hagamos, si es que lo hacemos, no habrá ninguna certeza de poder revertir muchas situaciones. Todo indica que los remedios a que nos tendremos que someter serán para muchos, si no peores, igual de malos que la enfermedad. Y esta oscu-

ra conciencia de la morbilidad de nuestro mundo no puede convertirse de un día para otro en una conciencia social y transformadora. Más bien sirve como coartada ideológica para una lucha a muerte por la supervivencia individual y la defensa de los intereses particulares. Debemos esperar tiempos aún peores. En todos los frentes de la llamada «cuestión social» tiene lugar una retirada histórica —a veces con el aspecto de una auténtica desbandada—, y quizá sólo podamos por ahora ser partícipes de ese movimiento hacia la retaguardia confiriéndole algo de dignidad y sentido, sin perder la cara a los hechos. Podríamos asumir aquella vieja consigna que decía: *organicemos el pesimismo*.

XX

Algunos podrán reprochar precisamente el pesimismo que destila este opúsculo en casi todas sus líneas. No queda más remedio que aceptarlo. El pesimismo, de todos modos, ya no es una cuestión de carácter o una elección de perspectiva, sino que se impone como una exigencia cuando constatamos el derrumbe de la vida social y la derrota sin paliativos de las esperanzas de emancipación. Si lo que cabe esperar de nuestro tiempo es la representación de más indignaciones que se arrojan el nombre de «revoluciones contra el sistema», de dosis crecientes de ciberactivismo, de reformas y reivindicaciones parciales, de derrotas escenificadas como gloriosas victorias, de eslóganes que rezan «vamos despacio porque vamos lejos» y que fá-

cilmente sugieren su réplica: «vamos dando palos de ciego porque no sabemos a dónde nos dirigimos»; si eso es lo que nos espera no podemos, ciertamente, dar saltos de alegría.

Ante aquellos otros que nos digan —porque seguro los habrá— que todo esto está muy bien, pero que es demasiado teórico, que nuestra tarea es «pringarnos las manos» y estar con la gente en la calle para educarla en los métodos assemblearios, y que en lugar de hablar tanto deberíamos ir derechos a la práctica; ante aquellos, sólo cabe decir: buena suerte. Frente a la complejidad del mundo en que vivimos es muy tentador plantarse y no querer saber más, para así poder empezar a hacer lo que uno considere más urgente, un poco al tuntún y a salto de mata: talleres de veganismo, jornadas *queer*, huertos ecológicos, paralizar desahucios, manifestarse contra los recortes... Pero sin ideas claras sobre lo que hacemos es imposible que se actúe de forma consciente contra lo que realmente nos oprime. La máxima *haz lo que piensas, piensa lo que haces* es la más difícil de aplicar en estos aciagos días porque el margen para hacer y para pensar que nos deja el mundo tecnificado cada vez se estrecha más. Ya en 1934 una lúcida mujer pudo escribir: «Jamás el individuo estuvo más completamente librado a una sociedad ciega y jamás los hombres fueron más incapaces no sólo de someter sus acciones a sus pensamientos sino hasta de pensar».

El mundo totalizado e integrado tecnológicamente exige herramientas conceptuales distintas, otra idea de transformación social, otros sujetos que la alienten, otro orden de prioridades, otra escala en el pensamiento estratégico.

Lo que nos reclama, en fin, no es menos teoría, pero tampoco más, sino *otra*. La indignación no ha cumplido ese papel; ha sido la demostración de que no había nada que hacer porque la mayoría nunca había pensado seriamente que debía hacer algo.



A modo de epílogo

Tras la publicación en 2012 de *15M. Obedecer bajo la forma de la rebelión*, nos llegaron todo tipo de comentarios. Desde adhesiones entusiastas a reseñas que elogiaban el contenido y censuraban el «tono», hasta, por supuesto, críticas muy duras y, en algunos casos, incluso insultos. Hemos decidido ofrecer al lector este último tipo de críticas, recogidas de un foro en internet, de nuestro correo electrónico y de una reseña. Hemos respetado la ortografía y sintaxis original, y hemos puesto, entre corchetes, el nombre o *nickname* del autor de cada comentario.

*De un foro en internet:

Esto es el típico snobismo revolucionario coñazo que tenemos que aguantar en cualquier iniciativa y movimiento social. [xxx]

Si nosotros queremos evitar aquellos errores tendremos que tirar a la basura el chip sectario y el revolucionarismo de salón, sustituyéndolo por la reflexión, el realismo y la fraternidad. Quizá nos ayude la lectura o relectura de los clásicos, entre las que, a bote pronto, recomiendo: Sobre la contradicción (tesis filosóficas, Mao-Tse-Tung) El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo (Lenin). [anónimo]

Ya tardaban los verdaderos revolucionarios en sacar la patita, este texto no hace más que una reflexión superficial del reflejo mediático del 15M [...] No me lo he leído entero, me he atragantado en la página 22. Es infumable el texto. Es banal, carente del más mínimo contenido, es una parodia, es tal y como se mostró en la televisión [...] Es un libreto xorra, que no vale la pena ni imprimirlo. [uno]

Reformistas Vs Revolucionarios Vs Inconformistas Reformistas Vs Revolucionarios Conformistas Vs Inconformistas Conformistas... [samu]

hace muuuusha caló para leerse eso. [gorkamorka]

Ni anarquismo ni ostias, hay que volver al PARTIDO. [jones-town]

A ver, si viene el apocalipsis lo último que quiero es que me sermoneen. Y menos unos filósofos en prácticas, seudorevolucionarios de clase media con sentimientos de culpa. Que me critique la clase obrera, la que ve Ana Rosa y Gandía Shore y sueña con orgías de consumo. A los de abajo se lo perdono todo. A vosotros no. Los de la clase media precarizada nos conocemos muy bien entre nosotros. Nos gusta ir de shopping a Traficantes y Malatesta. [anónimo]

• ★ •

*De un correo electrónico:

Asunto: *Imbéciles*

Hola, Cul de Sac:

Acabo de ver en la página del periódico Diagonal la reseña de vuestro libro 15M. Obedecer bajo la forma de rebelión, y como Indignado e hijo de marxistas torturados por los grises que soy me gustaría deciros que, a primera vista, ese libro parece una soberana soplapollez.

Ahora, permitidme esta pregunta: cuando os dísteis cuenta de la realidad, es decir, de que los Indignados éramos una panda de reformistas, socialdemócratas, etc, ¿os fuisteis por donde habíais venido y a tomar por culo, u os empeñásteis en “educarnos” sobre los auténticos principios revolucionarios,

consiguiendo con ello que nueve de cada diez asamblearios no volvieran a las asambleas por no escuchar vuestras arengas? Lo digo porque yo soy de Madrid, me chupé la Acampada Sol de principio a fin, y allí lo que pasó fue eso: que una panda de anarquistas -yo estaba seguro de que eran policías, pero al final parece que me equivoqué- consiguieron lo que no lograron —por aquel tiempo— los antidisturbios: echar de la plaza a decenas de miles de personas. Puto lumpen de mierda. [Jano en pie de guerra]



*De una reseña publicada en internet (extractos):

El berrinche que sirve de telón de fondo al texto es tan estridente que no solo condiciona la lectura, sino que define la propia naturaleza de lo escrito de principio a fin. No hay pues una intención de compartir, ni de enseñar en la mejor de sus acepciones posibles, no hay una elaboración crítica que aspire a clarificar nada. Lo común está ausente, y solo queda el ingenio del autor [...] para echar mierda sobre los demás y chapotear en la soberbia [...] Obedecer bajo la forma de la rebelión no sirve para pensar el 15M, ni siquiera para criticarlo [...] La imagen sobre la que opera Obedecer bajo la forma de la rebelión tiene la misma validez que la que presentó Cristina Cifuentes (esa mujer con perlas y piel estirada que es la actual delegada de gobierno en la ciudad de Madrid) ante los medios cuando contó que ella sabía bien qué y quiénes eran el 15M [...] debemos reconocer que la po-

sibilidad de comprender la mayor movilización social en décadas a través 62 únicas páginas donde no se alberga ni la más mínima duda tiene cierto tirón... ¡y más si se sabe que incluye un bonus extra con predicciones infalibles sobre lo que ocurrirá en el futuro! [...] No ha habido “pacificación social” alguna tras el auge y decadencia de la indignación, tal como Cul de Sac afirma en su libro. Simplemente hay más espacios, más asambleas, más colectivos... [Nando]

